



(...)

II

(...) Tal como nos ha sido impuesta, **la vida nos resulta demasiado pesada**, nos depara **excesivos sufrimientos**, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla, **no podemos pasarnos sin lenitivos** («No se puede prescindir de las muletas», nos ha dicho Theodor Fontane). Los hay quizá de **tres especies: distracciones poderosas** que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; **satisfacciones sustitutivas** que la reducen; **narcóticos** que nos tornan insensibles a ella. (...) Las satisfacciones sustitutivas como nos la ofrece el arte son, frente a la realidad, ilusiones, pero no por ello menos eficaces psíquicamente, gracias al papel que la imaginación mantiene en la vida anímica. En cuanto a los narcóticos, influyen sobre nuestros órganos y modifilan su químismo. No es fácil indicar el lugar que en esta serie corresponde a la religión.

(...) ¿qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta; qué esperan de la vida, qué pretenden alcanzar en ella? Es difícil equivocar la respuesta: aspiran a la **felicidad**, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo. Esta aspiración tiene dos faces: un **fin positivo y otro negativo**; por un lado, **evitar el dolor** y el placer; por el otro, **experimentar intensas sensaciones placenteras**. En sentido estricto, el término «felicidad» sólo se aplica al segundo fin(...)

Como se advierte, quien fija el **objetivo vital** es simplemente el programa **del principio del placer**; principio que **rige las operaciones del aparato psíquico** desde su mismo origen; principio de cuya adecuación y eficiencia no cabe dudar, por más que su programa esté en pugna con el mundo entero, tanto con el macrocosmos como con el microcosmos. **Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone**, y aun estaríamos por afirmar que **el plan de la Creación no incluye el propósito de que el hombre sea «feliz»**. Lo que en el sentido más estricto se llama felicidad, surge de **la satisfacción**, casi siempre instantánea, de **necesidades acumuladas** que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole sólo puede darse como **fenómeno episódico**. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una sensación de tibio bienestar, pues **nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste**, pero sólo en muy escasa medida lo estable. Así, nuestras **facultades de felicidad están ya limitadas** en principio por nuestra propia constitución. En cambio, nos **es mucho menos difícil experimentar la desgracia**. El sufrimiento nos amenaza por **tres lados**: desde el propio **cuerpo** que, condenado a la decadencia y a la aniquilación, ni siquiera puede prescindir de los signos de alarma que representan el dolor y la angustia; del **mundo exterior**, capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras omnipotentes e implacables; por fin, de las relaciones con otros **seres humanos**. (...)

No nos extrañe, pues, que bajo la presión de tales posibilidades de sufrimiento, el hombre suele **rebajar sus pretensiones de felicidad** (como, por otra parte, también el **principio del placer** se transforma, por influencia del mundo exterior, en el más modesto **principio de la realidad**; no nos asombra que el ser humano ya se **estime feliz por el mero hecho de haber escapado a la desgracia**, de haber sobrevivido al sufrimiento; que, en general, la finalidad de evitar el sufrimiento relegue a segundo plano la de lograr el placer).

(...) las tentativas destinadas a [evitar el sufrimiento] pueden llevarnos por caminos muy distintos, recomendados todos por las **múltiples escuelas** de la sabiduría humana (...). En primer lugar, la satisfacción ilimitada de todas las necesidades se nos impone como norma de conducta más tentadora, pero significa preferir el placer a la **prudencia**, y a poco de practicarla se hacen sentir sus consecuencias.

(...) **métodos, que persiguen ante todo la evitación del sufrimiento** (...): El

aislamiento voluntario, el alejamiento de los demás, es el método de protección más inmediato contra el sufrimiento susceptible de originarse en las relaciones humanas. Es claro que la felicidad alcanzable por tal camino no puede ser sino la de la quietud. Contra el temible mundo exterior sólo puede uno defenderse mediante una forma cualquiera del alejamiento si pretende solucionar este problema únicamente para sí. Existe, desde luego, otro camino mejor: pasar al **ataque contra la Naturaleza y someterla a la voluntad del hombre, como miembro de la comunidad humana**, empleando la técnica dirigida por la ciencia; así, se trabaja con todos por el bienestar de todos.

Pero los más interesantes preventivos del sufrimiento son **los que tratan de influir sobre nuestro propio organismo**, pues en última instancia todo sufrimiento no es más que una sensación; sólo existe en tanto lo sentimos, y únicamente lo sentimos en virtud de ciertas disposiciones de nuestro organismo. El más crudo, pero también el más efectivo de los métodos destinados a producir tal modificación, es el químico: **la intoxicación**. No creo que nadie haya comprendido su mecanismo, pero es evidente que existen ciertas sustancias extrañas al organismo cuya presencia en la sangre o en los tejidos nos proporciona directamente sensaciones placenteras, modificando además las condiciones de nuestra sensibilidad de manera tal que nos impiden percibir estímulos desagradables (...), en nuestro propio quimismo deben existir asimismo sustancias que cumplen un fin análogo, pues conocemos por lo menos un estado patológico -la manía- en el que se produce semejante conducta, similar a la embriaguez, sin incorporación de droga alguna. (...) Los hombres saben que con ese «quitapenas» siempre podrán escapar al peso de la realidad, refugiándose en un mundo propio que ofrezca mejores condiciones para su sensibilidad. (...)

Sin embargo, la complicada arquitectura de nuestro aparato psíquico también es accesible a toda una serie de otras influencias. La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades. Por consiguiente, cabe esperar que al influir sobre estos impulsos instintivos evitaremos buena parte del sufrimiento. Pero esta forma de evitar el dolor ya no actúa sobre el aparato sensitivo, sino que trata de **dominar las mismas fuentes internas de nuestras necesidades**, consiguiéndolo en grado extremo al **aniquilar los instintos**, como lo enseña la sabiduría

oriental y lo realiza la práctica del **yoga**. Desde luego, lograrlo significa al mismo tiempo abandonar toda otra actividad (sacrificar la vida), para volver a ganar, aunque por distinto camino, únicamente la **felicidad del reposo absoluto**. Idéntico camino, con un objetivo menos extremo, se emprende al perseguir tan sólo la moderación de la vida instintiva bajo el gobierno de las instancias psíquicas superiores, sometidas al principio de la realidad. Esto no significa en modo alguno la renuncia al propósito de la satisfacción, pero se logra cierta protección contra el sufrimiento, debido a que la insatisfacción de los instintos domeñados procura menos dolor que la de los no inhibidos. En cambio, **se produce una innegable limitación de las posibilidades de placer**, pues el sentimiento de felicidad experimentado al **satisfacer una pulsión instintiva indómita, no sujeta por las riendas del yo, es incomparablemente más intenso** que el que se siente al saciar un instinto dominado. Tal es la razón económica del carácter irresistible que alcanzan los impulsos perversos y quizás de la seducción que ejerce lo prohibido en general.

Otra técnica para evitar el sufrimiento recurre a los **desplazamientos de la libido** previstos en nuestro aparato psíquico y que confieren gran flexibilidad a su funcionamiento. El problema consiste en **reorientar los fines instintivos**, de manera tal que eluden la frustración del mundo exterior. **La sublimación** de los instintos contribuye a ello, y su resultado será óptimo si se sabe acrecentar el **placer del trabajo psíquico e intelectual**. En tal caso el destino poco puede afectarnos. Las satisfacciones de esta clase, como la que el **artista** experimenta en la **creación**, en la encarnación de sus fantasías; la del **investigador** en la solución de sus problemas y en el descubrimiento de la verdad, son de una calidad especial que seguramente podremos caracterizar algún día en términos meta psicológicos. Por ahora hemos de limitarnos a decir, metafóricamente que **nos parecen más «nobles»** y más «elevadas», **pero su intensidad, comparada con la satisfacción de los impulsos instintivos groseros y primarios, es muy atenuada y de ningún modo llega a conmovernos físicamente**. Pero el punto débil de este método reside en que su aplicabilidad no es general, en que sólo es accesible a pocos seres, **pues presupone disposiciones y aptitudes peculiares** que no son precisamente habituales, por lo menos en medida suficiente. Y aun a estos escasos individuos no puede ofrecerles una protección completa contra el sufrimiento; no los reviste con una coraza impenetrable a las flechas del destino y suele fracasar cuando el

propio cuerpo se convierte en fuente de dolor. (...) A la cabeza de estas satisfacciones imaginativas encuentra el goce de la obra de arte, accesible aun al carente de dotes creadoras, gracias a la mediación del artista. (...) Mas la ligera narcosis en que nos sumerge el arte sólo proporciona un refugio fugaz ante los azares de la existencia y carece de poderío suficiente como para hacernos olvidar la miseria real.

Más enérgica y radical es la acción de otro procedimiento: el que ve en la realidad al único enemigo, fuente de todo sufrimiento, que nos torna intolerable la existencia y con quien por consiguiente, es preciso romper toda relación si se pretende ser feliz en algún sentido. **El ermitaño** vuelve la espalda a este mundo y nada quiere tener que hacer con él (...). Quien en desesperada rebeldía adopte este camino hacia la felicidad, generalmente no llegará muy lejos, pues la realidad es la más fuerte. Se convertirá en un loco a quien pocos ayudarán en la realización de sus delirios.

(...)Particular importancia adquiere el caso en que numerosos individuos emprenden juntos la tentativa de procurarse un seguro de felicidad y una protección contra el dolor por medio de una transformación delirante de la realidad.

También **las religiones** de la Humanidad deben ser consideradas como semejantes delirios colectivos. Desde luego, ninguno de los que comparten el delirio puede reconocerlo jamás como tal. (...)

No creo que sea completa esa enumeración de los métodos (...) [Pero] existe un método que todavía no he mencionado; no porque lo haya olvidado, sino porque aún ha de ocuparnos en otro respecto. (...)Naturalmente, me refiero a aquella orientación de la vida que hace del **amor** el centro de todas las cosas, que deriva toda satisfacción del amar y ser amado. Semejante actitud psíquica nos es familiar a todos; una de las formas en que el amor se manifiesta -el **amor sexual**- nos proporciona la experiencia placentera más poderosa y subyugante, estableciendo así el prototipo de nuestras aspiraciones de felicidad. Nada más natural que sigamos buscándola por el mismo camino que nos permitió encontrarla por vez primera. El punto débil de esta técnica de vida es demasiado evidente, y si no fuera así, a nadie se le habría ocurrido abandonar por otro tal camino hacia la felicidad. En efecto: jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado a su amor. (...)

Cabe agregar aquí el caso interesante de que la felicidad de la vida se busque ante todo en **el goce de la belleza**, dondequiera sea accesible a nuestros sentidos y a nuestro juicio: ya se trate de la belleza en las formas y los gestos humanos, en los objetos de la Naturaleza, los paisajes, o en las creaciones artísticas y aun científicas. Esta orientación estética de la finalidad vital nos protege escasamente contra los sufrimientos inminentes, pero puede indemnizarnos por muchos pesares sufridos. El goce de la belleza posee un particular carácter emocional, ligeramente embriagador. La belleza no tiene utilidad evidente ni es manifiesta su necesidad cultural, y, sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella. La ciencia de la estética investiga las condiciones en las cuales las cosas se perciben como bellas, pero no ha logrado explicar la esencia y el origen de la belleza, y como de costumbre, su infructuosidad se oculta con un despliegue de palabras muy sonoras, pero pobres de sentido. Desgraciadamente, tampoco el psicoanálisis tiene mucho que decirnos sobre la belleza. Lo único seguro parece ser su derivación del terreno de las sensaciones sexuales (...)

A pesar de su condición fragmentaria, me atrevo a cerrar nuestro estudio con **algunas conclusiones**.

El designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable; mas no por ello se debe -ni se puede- abandonar los esfuerzos por acercarse de cualquier modo a su realización. Al efecto **podemos adoptar muy distintos caminos**, anteponiendo ya el aspecto positivo de dicho fin -la obtención del placer-, ya su aspecto negativo -la evitación del dolor-. **Pero ninguno de estos recursos nos permitirá alcanzar cuanto anhelamos.** (...). Ninguna regla al respecto vale para todos; cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz. Su elección del camino a seguir será influida por los más diversos factores. (...)

La religión viene a perturbar este libre juego de elección y adaptación, al imponer a todos por igual su camino único para alcanzar la felicidad y evitar el sufrimiento. **Su técnica** consiste en **reducir el valor de la vida y en deformar delirantemente la imagen del mundo real**, medidas que tienen por condición previa la intimidación de la inteligencia. A este precio, **imponiendo por la fuerza al hombre la fijación a un infantilismo psíquico y haciéndolo**

participar en un delirio colectivo, la religión logra evitar a muchos seres la caída en la neurosis individual. Pero no alcanza nada más. (...) Tampoco la religión puede cumplir sus promesas, pues el creyente, obligado a invocar en última instancia los «inescrutables designios» de Dios, confiesa con ello que en el sufrimiento sólo le queda la sumisión incondicional como último consuelo y fuente de goce. (...)

III

(...) Ya hemos respondido al señalar las **tres fuentes del humano sufrimiento**: la supremacía de la **Naturaleza**, la caducidad de nuestro propio **cuerpo** y la insuficiencia de nuestros métodos para regular las **relaciones humanas** en la familia, el Estado y la sociedad. En lo que a **las dos primeras** se refiere, nuestro juicio no puede vacilar mucho, pues **nos vemos obligados a reconocerlas y a inclinarnos ante lo inevitable**. (...)

Muy distinta es nuestra actitud frente al tercer motivo de sufrimiento, el de origen social. Nos negamos en absoluto a aceptarlo: **no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar** para todos. Sin embargo, si consideramos cuán **pésimo resultado** hemos obtenido precisamente en este sector de la prevención contra el sufrimiento, **comenzamos a sospechar que también aquí podría ocultarse una porción de la indomable naturaleza**, tratándose esta vez de **nuestra propia constitución psíquica**.

(...) **nuestra llamada cultura llevaría gran parte de la culpa por la miseria que sufrimos, y podríamos ser mucho mas felices si la abandonásemos para retornar a condiciones de vida más primitivas**. Califico de sorprendente esta aseveración, porque -cualquiera sea el sentido que se dé al concepto de cultura- es innegable que todos los recursos con los cuales intentamos defendernos contra los sufrimientos amenazantes proceden precisamente de esa cultura.

¿Por qué caminos habrán llegado tantos hombres a esta extraña actitud de hostilidad contra la cultura? (...)

En el curso de las últimas generaciones la Humanidad ha realizado extraordinarios **progresos en las ciencias** naturales y en su **aplicación técnica**, afianzando en medida otrora inconcebible su **dominio sobre la Naturaleza**. No enunciaremos, por conocidos de todos, los pormenores de estos adelantos. El hombre se

enorgullece con razón de tales conquistas pero comienza a sospechar que este recién adquirido dominio del espacio y del tiempo, **esta sujeción de las fuerzas naturales**, cumplimiento de un anhelo multimilenario, **no ha elevado la satisfacción** placentera que exige de la vida, **no le ha hecho, en su sentir, más feliz**. Deberíamos limitarnos a deducir de esta comprobación que **el dominio sobre la Naturaleza no es el único requisito de la felicidad** humana -como, por otra parte, **tampoco es la meta exclusiva de las aspiraciones culturales**-, sin inferir de ella que **los progresos técnicos son inútiles para la economía de nuestra felicidad**. En efecto, ¿acaso no es una positiva experiencia placentera, un innegable aumento de mi felicidad, si puedo **escuchar a voluntad la voz de mi hijo** que se encuentra a centenares de kilómetros de distancia; si, apenas desembarcado mi amigo, puedo enterarme de que ha sobrellevado bien su largo y penoso viaje? ¿Por ventura no significa nada el que la **Medicina** haya logrado reducir tan extraordinariamente la mortalidad infantil, el peligro de las infecciones puerperales, y aun prolongar en considerable número los años de vida del hombre civilizado? A estos beneficios, que debemos a la tan vituperada era de los progresos científicos y técnicos, aun podría agregar una larga serie -pero (...) Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos el teléfono para poder oír su voz. (...) ¿De qué nos sirve reducir la mortalidad infantil si precisamente esto nos obliga a adoptar máxima prudencia en la procreación; de modo que, a fin de cuentas tampoco hoy criamos más niños que en la época previa a la hegemonía de la higiene, y en cambio hemos subordinado a penosas condiciones nuestra vida sexual en el matrimonio, obrando probablemente en sentido opuesto a la benéfica selección natural? ¿De qué nos sirve, por fin, una **larga vida si es tan miserable**, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación? (...)

Es hora de que nos dedicemos a la **esencia de esta cultura**, cuyo valor para la felicidad humana se ha puesto tan en duda. (...) el término «cultura» **designa la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales** y que sirven a **dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí**. (...) El comienzo es fácil: aceptamos como culturales todas las actividades y los bienes

útiles para el hombre: a poner la tierra a su servicio, a protegerlo contra la fuerza de los elementos, etc. (...)

El hombre ha llegado a ser por así decirlo, un **dios con prótesis**: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos; pero éstos no crecen de su cuerpo y a veces aun le procuran muchos sinsabores. (...) Tiempos futuros traerán nuevos y quizá inconcebibles progresos en este terreno de la cultura, exaltando aún más la deificación del hombre. **Pero** no olvidemos, en interés de nuestro estudio, que **tampoco el hombre de hoy se siente feliz en su semejanza con Dios**. (...)

Cual si con ello quisieramos desmentir las demandas materiales que acabamos de formular, también celebramos como manifestación de cultura el hecho de que la diligencia humana se vuelque igualmente sobre cosas que parecen carecer de la menor utilidad, como, por ejemplo, la ornamentación floral (...)

Evidentemente, la belleza, el orden y la limpieza ocupan una posición particular entre las exigencias culturales. Nadie afirmará que son tan esenciales como el dominio de las fuerzas de la Naturaleza y otros factores que aún conoceremos, pero nadie estará dispuesto a relegarlas como cosas accesorias. **La belleza, que no quisiéramos echar de menos en la cultura, ya es un ejemplo de que ésta no persigue tan sólo el provecho.** La utilidad del orden es evidente; en lo que a la limpieza se refiere, tendremos en cuenta que también es prescrita por la higiene, vinculación que probablemente no fue ignorada por el hombre aun antes de que se llegara a la prevención científica de las enfermedades. Pero este factor utilitario no basta por sí solo para explicar del todo dicha tendencia higiénica; por fuerza debe intervenir en ella algo más.

Pero no creemos poder caracterizar a la cultura mejor que a través de su valoración y culto de las **actividades psíquicas superiores**, de las **producciones intelectuales, científicas y artísticas**, o por la función directriz de la vida humana que concede a las **ideas**. Entre éstas el lugar preeminente lo ocupan los **sistemas religiosos** (...)junto a ellos se encuentran las **especulaciones filosóficas**, y, finalmente, lo que podríamos calificar de «**construcciones ideales**» del hombre, es decir, su idea de una posible perfección del individuo, de la nación o de la Humanidad entera, así como las pretensiones que establece basándose en tales ideas. (...)

Como último, pero no menos importante rasgo característico de una cultura, debemos considerar la forma en que son reguladas las relaciones de los hombres entre sí; es decir, las **relaciones sociales** que conciernen al individuo en tanto que vecino colaborador u objeto sexual de otro, en tanto que miembro de una familia o de un Estado. (...)

La vida humana en común sólo se torna posible cuando llega a reunirse una mayoría más poderosa

que cada uno de los individuos y que se mantenga unida frente a cualquiera de éstos. El poderío de tal comunidad se enfrenta entonces, como «**Derecho**», con el poderío del individuo, que se tacha de «**fuerza bruta**». Esta sustitución del poderío individual por el de la comunidad representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en que **los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo aislado no reconoce semejantes restricciones**. Así, pues, el primer requisito cultural es el de la **justicia**, o sea, la **seguridad de que el orden jurídico, una vez establecido, ya no será violado a favor de un individuo**, sin que esto implique un pronunciamiento sobre el valor ético de semejante derecho. El curso ulterior de la evolución cultural parece tender a que este derecho deje de expresar la voluntad de un pequeño grupo -casta, tribu, clase social-, que a su vez se enfrenta, como individualidad violentamente agresiva, con otras masas quizá más numerosas. El **resultado** final ha de ser el establecimiento de un derecho al que todos -o por lo menos todos los individuos aptos para la vida en comunidad- hayan contribuido con el **sacrificio de sus instintos**, y que no deje a ninguno -una vez más: con la mencionada limitación- a merced de la fuerza bruta.

La libertad individual no es un bien de la cultura, pues era máxima antes de toda cultura, aunque entonces carecía de valor porque el individuo apenas era capaz de defenderla. El desarrollo cultural le impone restricciones, y la justicia exige que nadie escape a ellas. (...) Al parecer, no existe medio de persuasión alguno que permita inducir al hombre a que transforme su naturaleza en la de una hormiga; seguramente jamás dejará de defender su pretensión de libertad individual contra la voluntad de la masa. (...)

La sublimación de los instintos constituye un elemento cultural sobresaliente, pues gracias a ella las actividades psíquicas superiores, tanto científicas como artísticas e ideológicas, pueden desempeñar un papel muy importante en la

vida de los pueblos civilizados.(...) es forzoso reconocer la medida en que **la cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones instintuales**: hasta qué punto su condición previa radica precisamente en la insatisfacción (¿por supresión, represión o algún otro proceso?) de instintos poderosos. Esta frustración cultural rige el vasto dominio de las relaciones sociales entre los seres humanos, y ya sabemos que **en ella reside la causa de la hostilidad opuesta a toda cultura.**(...)

IV

(...) El hombre primitivo, después de haber descubierto que estaba literalmente en sus manos mejorar su destino en la Tierra por medio del trabajo, ya no pudo considerar con indiferencia el hecho de que el prójimo trabajara con él o contra él. Sus semejantes adquirieron entonces, a sus ojos, la significación de colaboradores con quienes resultaba útil vivir en comunidad.

Aún antes, en su prehistoria antropoidea, había adoptado el hábito de constituir familias(...) Es de suponer que la constitución de la **familia** estuvo vinculada a cierta evolución

sufrida por la necesidad de satisfacción genital (...)

De tal manera, Eros y Ananké (**amor y necesidad**) se convirtieron en los **padres de la cultura** humana, cuyo primer resultado fue el de facilitar la vida en común a mayor número de seres. (...) cabría esperar que la evolución ulterior se cumpliese sin tropiezos, llevando a una dominación cada vez más perfecta del mundo (...) no es fácil comprender cómo esta cultura podría dejar de hacer felices a sus miembros. (...)

Aquel impulso amoroso que instituyó la familia sigue ejerciendo su influencia en la cultura, tanto en su forma primitiva, sin renuncia a la satisfacción sexual directa, como bajo su transformación en un cariño coartado en su fin. En ambas variantes perpetúa su función

de unir entre sí a un número creciente de seres (...) El amor genital lleva a la formación de nuevas familias (...), a las «amistades» (...)

Sin embargo, la relación entre **el amor y la cultura** deja de ser unívoca en el curso de la evolución: por un lado, **el primero se opone a los intereses de la segunda**, que a su vez lo amenaza con sensibles restricciones. (...) **La imposición de una vida sexual idéntica para todos**,

implícita en estas prohibiciones, **pasa por alto las discrepancias** que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los hombres, **privando** a muchos de ellos de **todo goce sexual** y convirtiéndose así en fuente de una grave injusticia (...) **el amor genital heterosexual, único que ha**

escapado a la proscripción, todavía es menoscabado por las restricciones de la **legitimidad** y de la **monogamia**. La cultura actual nos da claramente a entender que sólo está dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión única e indisoluble entre un hombre y una mujer, **sin admitir la sexualidad como fuente de placer en sí, aceptándola tan sólo como instrumento de reproducción humana**(...)

V

LA experiencia psicoanalítica ha demostrado que las **personas llamadas neuróticas** son precisamente **las que menos soportan estas frustraciones de la vida sexual**. Mediante sus **síntomas** se procuran **satisfacciones sustitutivas** que, sin embargo, les deparan **sufrimientos**, ya sea por sí mismas o por las dificultades que les ocasionan con el mundo exterior y con la sociedad. Este último caso se comprende fácilmente; pero el primero nos plantea un nuevo problema. Con todo, la cultura aún exige otros sacrificios, además de los que afectan a la satisfacción sexual.(...)

Quizá hallemos la pista en uno de los pretendidos ideales postulados por la sociedad civilizada. Es el precepto **«Amarás al prójimo como a ti mismo»**, que goza de universal nombradía y seguramente es más antiguo que el cristianismo, a pesar de que éste lo ostenta como su más encomiable conquista (...) ¿Por qué tendríamos que hacerlo? ¿De qué podría servirnos? Pero, ante todo, ¿cómo llegar a cumplirlo? (...) Mi amor es para mí algo muy precioso, que no tengo derecho a derrochar insensatamente. Me impone obligaciones que debo estar dispuesto a cumplir con sacrificios. Si amo a alguien es preciso que éste lo merezca por cualquier título. (...)

La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de **que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor**, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser **entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad**. Por consiguiente, el prójimo no le representa únicamente un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. (...)

Por regla general, esta cruel agresión espera para desencadenarse a que se la provoque, o bien se pone al servicio de otros propósitos, cuyo fin también podría alcanzarse con medios menos violentos. (...) también puede manifestarse espontáneamente, desenmascarando al hombre como una bestia salvaje que no conoce el menor respeto por los seres de su propia especie. Quien recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mogoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados y aun las crueidades de la última guerra mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción.

La existencia de tales tendencias agresivas, que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo, es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes, imponiendo a la cultura tal despliegue de preceptos.

Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración.

El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues **las pasiones instintivas son más poderosas que los intereses racionales**. La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre, para dominar sus manifestaciones mediante formaciones reactivas psíquicas. De ahí, pues, ese despliegue de métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos coartados en su fin; de ahí las restricciones de la vida sexual, y de ahí también el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo, precepto que efectivamente se justifica, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana. Sin embargo, todos los esfuerzos de la cultura destinados a imponerlo aún no han logrado gran cosa (...)

Los comunistas creen haber descubierto el camino hacia la redención del mal. Según ellos, **el hombre sería bueno** de todo corazón, abrigaría las mejores intenciones para con el prójimo, **pero la institución de la propiedad privada habría corrompido su naturaleza**. La posesión privada de bienes concede a unos el poderío, y con ello la tentación de abusar de los otros; los excluidos de la propiedad deben sublevarse hostilmente contra sus opresores. Si se aboliera la propiedad privada, si se hicieran comunes todos los bienes, dejando que todos participaran de su provecho, desaparecería la malquerencia y la hostilidad entre los

seres humanos. Dado que todas las necesidades quedarían satisfechas, nadie tendría motivo de ver en el prójimo a un enemigo; todos se plegarían de buen grado a la necesidad del trabajo. No me concierne la crítica económica del sistema comunista; no me es posible investigar si la abolición de la propiedad privada es oportuna y conveniente; pero, en cambio, puedo reconocer como vana ilusión su hipótesis psicológica. **Es verdad que al abolir la propiedad privada se sustraerá a la agresividad humana uno de sus instrumentos, sin duda uno muy fuerte**, pero de ningún modo el más fuerte de todos. **Sin embargo (...) el instinto agresivo no es una consecuencia de la propiedad**, sino que regía casi sin restricciones en épocas primitivas, cuando la propiedad aún era bien poca cosa (...)

Si la cultura impone tan pesados sacrificios, no sólo a la sexualidad, sino también a las tendencias agresivas, comprenderemos mejor por qué al hombre le resulta tan difícil alcanzar en ella su felicidad. En efecto, el hombre primitivo estaba menos agobiado en este sentido,

pues no conocía restricción alguna de sus instintos. En cambio eran muy **escasas sus perspectivas de poder gozar largo tiempo** de tal felicidad. El **hombre civilizado** ha trocado una parte de posible **felicidad por una parte de seguridad**; pero no olvidemos que en la familia primitiva sólo el jefe gozaba de semejante libertad de los instintos (...)

VI

(...)

En todo lo que sigue adoptaré, pues, el punto de vista de que la **tendencia agresiva** es una disposición instintiva innata y autónoma del ser humano; además, retomo ahora mi afirmación de que aquélla constituye el **mayor obstáculo con que tropieza la cultura**.

(...) **la cultura sería... obra del Eros**. Estas masas humanas han de ser vinculadas libidinalmente, pues **ni la necesidad por sí sola ni las ventajas de la comunidad de trabajo** bastarían para mantenerlas unidas. **Pero el natural instinto humano de agresión, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno, se opone a este designio de la cultura.** (...)

VII

(...) **¿A qué recursos apela la cultura para coartar la agresión que le es antagónica, para hacerla inofensiva y quizás para eliminarla?** Ya conocemos algunos de estos métodos, pero seguramente aún ignoramos el que parece ser más importante. Podemos estudiarlo en la historia evolutiva del individuo.

¿Qué le ha sucedido para que sus deseos agresivos se tornaran inocuos? Algo sumamente curioso, que nunca habríamos sospechado y que, sin embargo, es muy natural. **La agresión es introyectada, internalizada**, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es **dirigida contra el propio yo**, incorporándose a una parte de éste, que **en calidad de super-yo se opone a la parte restante**, y asumiendo la función de «conciencia», **despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños**.

La tensión creada entre el severo super-yo y el yo subordinado al mismo la calificamos de **sentimiento de culpabilidad**; se manifiesta bajo la forma de **necesidad de castigo**. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo, debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada. (...) también podrá considerarse culpable quien no haya hecho nada malo, sino tan sólo reconozca en sí la intención de hacerlo, (...) Aquí se manifiesta, pues, una influencia ajena y externa, destinada a establecer lo que debe considerarse como bueno y como malo. Dado que el hombre no ha sido llevado por la propia sensibilidad a tal discriminación, debe tener algún motivo para subordinarse a esta influencia extraña. Podremos hallarlo fácilmente en su desamparo y en su dependencia de los demás; la denominación que mejor le cuadra es la de «miedo a la pérdida del amor». Cuando el hombre pierde el amor del prójimo, de quien depende, pierde con ello su protección frente a muchos peligros, y ante todo se expone al riesgo de que este prójimo, más poderoso que él, le demuestre su superioridad en forma de castigo. Así, pues, lo malo es, originalmente, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor; (...) El super-**yo** tortura al pecaminoso yo con las mismas sensaciones de angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior. (...)

En esta segunda fase evolutiva, la conciencia moral denota una particularidad (...) se comporta tanto más severa y desconfiadamente cuanto más virtuoso es el hombre, de modo que, en última instancia, quienes han llegado más lejos por el camino de la santidad son precisamente los que se acusan de la peor pecaminosidad. (...)